

Los movimientos sociales en la era de la globalización

Ildefonso Marqués Perales

El presente artículo tiene como propósito esbozar algunas de las conclusiones a las que he llegado en el marco de una investigación que ha tenido como objeto de estudio la globalización y los movimientos sociales. Para hacer más clara mi exposición he decidido despojar este artículo de la totalidad de las fuentes empíricas que lo acompañan. Debido a que combino el análisis sociológico, es decir, el estudio científico de las relaciones sociales, con la filosofía política, que se ubica como todos sabemos en el terreno de los valores, he considerado pertinente prescindir de los datos para otorgar más espacio a las reflexiones que he realizado sobre ellos.

A continuación, voy a tratar de presentar con la mayor síntesis y claridad expositiva posibles las ideas principales que, a mi juicio, hacen que la ideología neoliberal no se vea salpicada de las críticas que les hace el mal llamado movimiento antiglobalización[1]. Estimo que son estas ideas fuerza las que les dan toda su fortaleza a este nuevo pensamiento economicista, que presenta todas las características de un nuevo pensamiento dominante, por emplear la terminología á la mode en el pensamiento marxista de los años setenta.

El material empírico que las ciencias sociales han recogido hasta hoy en día demuestra de forma casi irrefutable que la globalización es un hecho y lo es porque sus efectos pueden percibirse de forma objetiva en todas las esferas de la actividad y experiencia humanas. Tanto en lo que se refiere al mundo económico financiero, como al mediático a al jurídico, todos los universos sociales han sufrido el impacto de este fenómeno y, como consecuencia, han sufrido profundos procesos de reestructuración.

No obstante, el que se halla iniciado en su forma neoliberal no significa que no pueda adquirir otro perfil en un futuro reciente, de la misma forma que pudo tenerlo en el pasado si la correlación de fuerzas entre los grupos sociales en liza hubiera variado. Ya que las acciones que emprenden los agentes individuales y colectivos no están determinadas en su totalidad, la globalización será el resultado del enfrentamiento de aquellos grupos que quieren hacerla pervivir, aquellos que quieren destruirla y aquellos que desean que tome una nueva configuración. Lo que nos queda más o menos claro es que el resultado de esta confrontación dependerá de las 'lentes' con las cuales leamos esta nueva realidad social. La naturaleza de los discursos que se formen alrededor del fenómeno no serán de ninguna forma neutra sino que su misma existencia tendrá como fin influir en la realidad que analizan. Se tratarán con toda seguridad de auténticas políticas de nombramiento[2], es decir, discursos poderosos que moldean la vida cotidiana, discursos que a la vez que nombran, ayudan a conferir existencia, a las cosas, personas y hechos que son supuestamente designadas o descritas.

Los grupos favorecidos por la globalización la mostrarán como un proceso benévolo al que simplemente hay que concederle tiempo para que mejore. Valgan todos los sufrimientos por alcanzar el objetivo final, pero está claro que mientras amplias capas de la población 'invierten' su salud, su formación y sus sufrimientos en hacer caminar a la globalización, ellos aumentan su riqueza, influencia y poder. Esta es su mejor arma y es un arma ideológica contra la que algo puede hacerse.

Los grupos que aspiran a erradicar la globalización adoptarán una perspectiva radical en el sentido que dibujarán la globalización como una etapa de exterminio y/o decadencia. No en vano estos movimientos sociales se dividen en dos grandes corrientes: una primera, proveniente de los países occidentales, muy sensible a las realidades del tercer mundo, que aboga por una simple ruptura con lo establecido y aspiran una vuelta a lo local (turn to local); y una segunda, ubicada en el tercer mundo o en las zonas más deprimidas del primero, que aspira a transformar in toto el orden establecido a pesar de que a ojos occidentales haya adquirido una forma exclusivamente tradicional. En el primer grupo podemos incluir a los pensadores Jonh Zerzan, gurú de los verdaderos movimientos antiglobalización, y David Noble, neoludita ex profesor de Harvard, obsesionado con la eliminación de la división del trabajo. El segundo grupo estaría compuesto, principalmente, por los islamistas radicales, aunque podríamos incluir una gran multitud de movimientos políticos pero de apariencia religiosa bajo esta clasificación.

Los grupos que desean transformar la globalización sacarán a la luz todos los efectos nefastos que ésta produce: desempleo, desarraigo, mercantilización..., sin embargo, ellos no son los pilotos de la globalización. Su poder frente a las instituciones y agentes favorecidos por la globalización es minúsculo, más todo su futuro dependerá de las estrategias que sepan movilizar a su favor. A mi juicio, dada la experiencia histórica precedente, sólo será por mediación del Estado, por su apropiación y utilización, cuando estos cambios cobrarán carta de naturaleza. Quizá sea el sociólogo francés Pierre Bourdieu quién más ha insistido en esta línea y, de hecho, sus célebres escritos sobre la invasión neoliberal así lo atestiguan[3].

La corriente neoliberal, que se integra, lógicamente, en el primer grupo, ha pulido mejor sus argumentos[4]. Y lo ha hecho porque ha sabido reducir el 'universo de posibilidades', ha conseguido restringir nuestras elecciones cotidianas por lo que nos ha hecho inevitablemente menos libres. Sus conquistas son infinitas pero su principal fuerza reside en un conjunto de ideas que han calado en lo más profundo de nosotros.

A pesar de ser una nueva etapa histórica, la globalización no es un proceso tan novedoso como nos lo quieren hacer creer. Su visión teleológica de la historia ha impregnado y actualmente forma parte de aquello que se da por hecho y no es discutido. Ha pasado a constituir parte de la doxa de nuestras sociedades.

Es, por poner un ejemplo, una victoria de los neoliberales la ocultación del periodo económico comprendido entre los años 1870-1973[5]. Muchos de los novedosos rasgos que se le atribuyen a la globalización aparecieron ya durante este intervalo, no obstante, su proyecto globalizador no admite rupturas, cambios de sentido o cesuras pues abrirían espacios a la reflexión y a las transformaciones sociales. La historia debe estar gobernada y debe estarlo porque, al vernos gobernados por una naturaleza superior a nuestra voluntad, nuestra capacidad de elección se ve anulada o, al menos, limitada.

Por otro lado, otro de sus éxitos procede, como tan bien ha descrito el crítico literario Terry Eagleton[6], de la merma del componente político existente en la misma idea de cultura. Lo político ha perdido todo su poder de convocatoria pues ha sido incapaz de ofrecer a los agentes sociales un ideal de emancipación. La búsqueda de la identidad y la cultura narcisista del yo han sustituido, con unas consecuencias que aún no podemos divisar, a la cultura política de la izquierda. La razón social, verdadero sostén de las

luchas que los grupos dominados han emprendido en las sociedades industriales, está dando paso a una concepción de la cultura fragmentada y apolítica. Si las universidades, medios de comunicación y activistas persisten en la batalla liberalismo versus comunitarismo, en los intrínquilos de la sociedad multicultural o en el nuevo 'giro del sujeto', nada habremos avanzado. De igual manera, no deberíamos esperar que el socialismo soft, o si se quiere en términos más cómicos, el softcialismo de las democracias actuales nos saque las castañas del fuego. Hemos de ser capaces de reactivar la política pero iniciándonos una nueva senda que corrija los errores del pasado.

De la misma forma, los neoliberales han logrado reducir toda la idea ilustrada de progreso al aumento de los índices del Producto Interior Bruto. Si una nación crece económicamente es porque su sociedad es dinámica, abierta y libre, independientemente de que el desempleo, la violencia, la desigualdad y la pobreza aumenten. La idea de desarrollo ha de contemplarse atendiendo a diferentes variables, siendo el crecimiento económico una más entre otras. Las sociedades occidentales asisten a una nueva etapa histórica caracterizada por un crecimiento de mala calidad, es decir, por un desarrollo que sólo contempla el engrandecimiento económico de los que más tienen. Los economistas, sociólogos o ciudadanos pueden emplear multitud de taxonomías para clasificar a las sociedades. El hecho de que todos dividamos a las sociedades entre ricas y pobres -por encima de estables-no estables, consensuadas-conflictivas, socialmente avanzadas o socialmente atrasadas-, es un claro exponente de la colonización de las ideas neoliberales.

Otra idea fundamental que la ciudadanía ha aceptado deriva del cambio que ha sufrido la noción de interés común. En la formación de los Estados modernos y del capitalismo, el aumento de riqueza y poder por parte de las clases favorecidas se vio acompañado de una preocupación por el avance del bien común. Debido a la buena salud que presentaban los 'metarelatos', tanto los primeros teóricos del Estado como los primeros capitalistas idearon estrategias políticas que tendían al logro de su propio beneficio pero que eran camufladas de forma que se hiciera pasar por universales. La necesidad de legitimarse ante un amplio abanico de poderosos grupos sociales desembocó en la creación de una ideología desinteresada, aunque fuera la mayor parte de las veces en su forma hipócrita. De alguna forma, el que las clases dominantes presentaran su interés como universal hacía avanzar aunque fuera de forma desigual el interés común. La educación y sanidad universales son un ejemplo de ello. Esta situación hoy ha cambiado. La elite que gobierna los flujos financieros mundiales o los altos funcionarios del Estado mínimo no están sujeta a ninguna obligación para con los demás. Todos aceptamos las reglas del juego tal como están fijadas y vemos lógico que aquellos que tienen la posibilidad de aumentar su poder y riqueza lo hagan. De ahí, que personajes como el especulador internacional George Soros o el corrupto Silvio Berlusconi se hayan convertido en modelos a seguir. Como señala el sociólogo Richard Sennett "la nueva élite de Nueva York o Londres manda en pisos y restaurantes, pero ha mostrado escasos deseos de gobernar los hospitales, escuelas, bibliotecas y otras facetas públicas de la ciudad. De hecho, uno de los grandes dramas que se desarrolla en la actualidad en Nueva York es la crisis financiera que se ha producido como consecuencia de que la nueva elite se haya apartado del ámbito público; las nuevas clases adineradas, sobre todos en los sectores de información y la alta tecnología, no han proseguido ese tipo de hegemonía cívica que, en la historia neoyorkina, se extendía desde la época de los

holandeses, a principios del S.XVIII, hasta la llegada de los italianos, irlandeses y judíos a las clases dirigentes de la ciudad, doscientos cincuenta años más tarde"[7].

El Neoliberalismo también nos ha hecho ver como 'un imposible' la idea de democracia directa. Todos los discursos emancipadores -y recordemos el socialismo algún día lo fue- parten de la creencia de que cambiando las condiciones sociales de dominación, los agentes sociales alcanzarán no sólo la libertad sino, dentro de un margen más o menos estrecho, la igualdad. Sin embargo, la ideología meritocrática y su corolario, la tecnocracia, niegan la posibilidad de esta admirada forma de democracia. La cada vez mayor complejidad de los asuntos públicos, sobre todos los políticos y económicos, pero también los energéticos o médicos, hace necesaria la formación de un cuerpo específico de ciudadanos destinados a su administración. Y es cuando más desconocemos el mundo que nos rodea cuando más necesitamos del gobierno de los otros. Ya sea la decoración de nuestra casa, la dirección de nuestro dinero o la educación de nuestros hijos, todo está actualmente mediado por un saber experto que limita nuestra capacidad para actuar sobre las personas y las cosas. Pero no creamos que este saber es producto de la división del trabajo que caracterizó la modernización. Aunque las distintas esferas que estructuran los órdenes de la vida parezcan ser autónomas y simulen estar gobernadas por sus propias leyes, no lo son. Todos los universos sociales, desde el cultural hasta el científico, están siendo penetrados por la lógica del cálculo.

De hecho, el filósofo español Antonio Campillo, basándose en una lectura muy personal de la obra de Georges Bataille, ha mostrando con gran sencillez expositiva las profundas incoherencias de los supuestos que fundan la economía neoclásica. Los 'fundamentalistas del mercado', como los llama Joseph Stiglitz, piensan que todas las relaciones sociales básicas se reducen a las relaciones económicas. Del mismo modo que el marxismo más realista, señalan que son las relaciones económicas las que fundamentan las relaciones sociales y nunca al contrario. Pero no cuentan con otro género de relaciones que son irreductibles a las relaciones económicas y son igualmente básicas para la cohesión y perdurabilidad del género humano, a saber, las relaciones de parentesco y las políticas. Las primeras son fundamentales para regular la convivencia entre sexos y generaciones haciendo posible la reproducción, la transmisión sexual y vida afectiva. La segunda son necesarias para dar forma a la resolución de conflictos y facilitar los acuerdos entre los diferentes grupos sociales. "No hay sociedad alguna que no cuente con estas tres formas básicas de relación social, las económicas, las parentales y las políticas, y que no lleve a cabo una determinada articulación o integración de todas ellas"[8].

Hoy en día, el mundo globalizado es percibido como un totum revolutum en el que las distintas culturas se religan ajenas a toda relación de poder. La globalización prima la diferencia -Ulrich Beck dixit- y puesto que todos somos diferentes todos somos iguales. Debido a que cada persona puede escoger sus productos y sus servicios contemplando una gama infinita de variedades, puede construir una biografía genuina, original y distintiva. Es el signo inevitable de los tiempos que corren. Incluso la nación más poderosa del mundo acepta 'anclajes culturales' foráneos, de la misma forma que las demás naciones aceptan sus películas, su música y su moda[9]. Las multinacionales, aunque efectivamente, poseen un poder que mercería ser regulado en alguna ocasión, son eso; empresas que nos pertenecen a todos, compañías que no están sujetas a un espacio nacional. En ningún caso se puede hablar de 'americanización', de 'imperialismo

cultural' o terminologías afines, pues estas palabras nos retrotraen a lo más trasnochado del espectro ideológico radical.

Sin embargo, una mirada más detenida a la realidad niega semejantes aseveraciones. De los préstamos culturales que se producen entre las diferentes 'culturas' en la globalización, es evidentemente la nación estadounidense la que menos influencias recibe y la que más da. EEUU lidera la globalización y lo hace porque posee todos los recursos para salir victorioso. No porque uno esté 'pasado de moda' deja de ser verdad que USA posee todo el poder tecnológico, militar, económico, cultural. Además, posee instancias de mediación entre todos estos poderes ¿Por qué no se habla nunca del papel que cumple el poder militar estadounidense en su desarrollo económico?

En resumen, la globalización es un terreno de luchas cuyo resultado está aún por decidir. Si la consideramos de esta forma, comprobaremos muchos de los análisis que se están realizando en la actualidad se inscriben de facto en la senda del pensamiento más reivindicativo de las ciencias sociales. Pero puede ser que aún fallemos en algo. Quizás si somos capaces de someter nuestros presupuestos a una crítica radical, estas agujas tan inclinadas hacia la ideología neoliberal puedan cambiar.

Notas

[1] Digo el mal llamado movimiento antiglobalización porque sólo una reducida parte de los agrupados bajo esta designación puede clasificarse como verdaderamente antiglobalizadores. Sólo los anarquistas radicales y los neoluditas pueden inscribirse bajo ese nombre. El resto se acogen positivamente al proceso de la globalización pero no en el sentido de los economistas neoliberales y políticos situados a la derecha del espectro político. Algunos miembros de esta fuerza social se han autonombrado movimiento por una globalización alternativa, conjunto de términos que describen mucho mejor su realidad. Por lo tanto, yo voy a escoger esta terminación, no obstante, para resaltar la fuerte carga opositora que desde todos los ámbitos desencadena cualquier manifestación de este movimiento, en alguna ocasión utilizaré antiglobalizadores pero siempre en cursiva. Por otro lado, he decidido escoger globalización en lugar de mundialización para hacer hincapié en el componente anglosajón y norteamericano de este proceso.

[2] Schirato, T.; Webb, J., Understanding globalization. London-New Delhi, Thousand Oaks, 2003, 218.

[3] Explícitamente se aborda en Bourdieu, P., Contre-feux. Propos pour servir à la résistance contre l'invasion neo-liberal. Paris, Raisons d'agir, 1998 (Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal. Barcelona, Anagrama, 1998), Contre-feux 2. Pour mouvement social européen. Paris, Raisons d'agir, 2001. (Contrafuegos 2. Por un movimiento social europeo. Barcelona, Anagrama, 2001), "Sur les ruses de la raison impérialiste". Actes à la recherche de science sociales, 121-122 (marzo de 1988), 109-118. ("Sobre las argucias de la razón imperialista", en Intelectuales, política y poder. Buenos Aires, Eudeba, 1999, 205-222. También existen dos importantes conferencias donde se aborda la misma temática. Vid. "Neo-libéralisme comme revolution conservatrice" (Premio Ernst Bloch 1997, Ludwigshafen, 22 de

noviembre de 1997), en Kufeld, K., Zukunft Gestalten. Mösingen-Talheim, Talheimer Verlag, 1998, 23-29. ("Una utopía razonada: contra el fatalismo económico". New Left Review, 227 (2000), 156-162.) y "Neoliberalisme et Nouvelles formes de domination" (Universidad de Keisen, Tokio, 3 de octubre del 2000), Tokio, Universidad de Keisen, Fujiwara-Shoten, 2001, obra (1998), y CD-ROM.

[4] Entre los defensores, más reconocidos internacionalmente, de esta postura podemos encontrar al guru de las finanzas japonesas, Ohmae, al ex-secretario de Trabajo de la administración norteamericana, Robert Reich o, Alain Minc, por citar algún autor francés. Sus aportaciones no generarían ninguna réplica si las instituciones trasnacionales, como el BM o el FMI, junto con los políticos especialmente la tríada Bush-Blair-Berlusconi, las hicieran suyas. Vid. Ohmae, K., The end of the Nation State. Nueva York, Free Press, 1995 y Reich, R., The work of nations. Nueva York, Vintage Books, 1992.

[5] Went, R., Globalization, Neoliberal Challenge, Radical Responses. Londres, Sterling y Virginia, Pluto Press, 2000, 8.

[6] Eagleton, T., La idea de cultura, una mirada política sobre los conflictos culturales. Barcelona, Paidós, 2001, 188-189.

[7] Sennett, R. "La calle y la oficina: dos fuentes de identidad", en Giddens, A.; Hutton, W. (eds.), En el límite. La vida en el capitalismo global. Barcelona, Tusquets Editores, 2001, 256.

[8] Campillo, A., Contra la economía. Ensayos sobre Georges Bataille. Granada, Editorial Comares, 2001.

[9] El manual de la globalización neoliberal, con afán de simpatía y de claridad expositiva, señala que la globalización está tan presente que la podemos ver cotidianamente en nuestra gastronomía. Salimos a cenar a restaurantes italianos, mexicanos y chinos. Pero ¿no son estas las principales minorías étnicas norteamericanas?